

La mayor aventura
es el amor

Julia London

**SOLTERO
EMPEDERNIDO**



El nuevo trabajo de Michael Raney es perfecto para un adicto a la acción como él: aventuras, deportes extremos y espectaculares actrices. Cuando se reencuentra con la única mujer de la que ha estado enamorado, decide reconquistarla y romper con su etapa de rompecorazones. Hace cinco años que Leah Klein no ve a Michael, pero aún no ha conseguido olvidar la relación que los unió. Sin embargo, apostar por un nuevo comienzo implica correr el mayor riesgo de su vida. ¿Merecerá la pena lanzarse?

Prólogo

Nueva York

El día de la última representación del gran éxito de Broadway, *El amante de la hermana de Marty*, Leah Kleinschmidt, una de las protagonistas, paseaba arriba y abajo por el apartamento de Michael Raney, tratando de contener su entusiasmo. Después de tres meses en cartel, todo el mundo hablaba de su divertida interpretación del personaje de la hermana de Marty, Christine. Los críticos la adoraban.

En consecuencia, su agente había recibido varias llamadas de Hollywood y estaba negociando un trato para llevar el personaje a la pantalla. Después de muchos años trabajando para tener éxito, Leah finalmente iba a conseguir lo que siempre había deseado: una oportunidad en el cine.

–Bueno, ya sé que una teleserie no es exactamente una película –decía, recién levantada, meneando el cepillo de dientes–. Pero sólo está a un paso, ¿no?

–Claro –afirmó Michael.

Él aún estaba en la cama, contemplándola ir de un lado para otro mientras hablaba y se cepillaba los dientes al mismo tiempo. Quería recordarla siempre así: radiante y feliz, con sus azules ojos brillando mientras se paseaba vestida sólo con una de las camisas de él y unos calcetines.

–¿Te lo puedes creer? –le preguntó Leah por enésima vez.

–Sí –contestó Michael, y se recostó de nuevo en la cama–. Claro que me lo puedo creer. Eres alucinante.

Ella se echó a reír, tiró el cepillo de dientes y se abalanzó sobre él.

–¿Ves? Por esto te quiero, Mikey. Eres tan maravilloso conmigo que hasta te puedo perdonar tu problema con los calcetines.

–¡Eh! –protestó él, mirando los ridículos calcetines que Leah llevaba puestos–. Yo no tengo ningún problema con los calcetines, el problema si acaso lo tienes tú.

–No. Lo que yo tengo son las ideas muy claras, que es algo totalmente distinto. Y lo que creo es que los calcetines deberían estar sólo en tus pies, en la lavandería o en el cajón –replicó ella mientras se acurrucaba a su lado.

–Pero si ni siquiera me concedes quince segundos de gracia –se quejó él–. En cuanto tocan el suelo, apareces de la nada como un nazi exigiéndome que los ponga en la cesta de la ropa sucia.

–¡Pues tienes suerte! Todavía no te he dicho nada de los bóxers –respondió Leah, y lo mordió en el cuello.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Michael, y automáticamente, su mano empezó a acariciarle la espalda y la pierna desnuda.

–Te dejo mi marca, para que sepas lo mucho que te voy a echar de menos cuando te vayas.

Ese comentario lo hizo encogerse por dentro. Leah estaba acostumbrada a sus ausencias de una semana, o como mucho de dos, pero no tenía ni idea de que «para siempre» estaba a la vuelta de la esquina. Eso era porque, en realidad, ella no sabía mucho de él.

La joven alzó la cabeza; su rubio cabello rozó el rostro de Michael, haciéndole cosquillas.

–¿Cuánto tiempo esta vez? –preguntó Leah.

Él le puso un mechón de pelo detrás de la oreja y miró sus brillantes ojos azules.

—No lo sé, pequeña.

Cada vez se le hacía más difícil esconder la verdad, porque las frecuentes ausencias a que lo obligaba su trabajo se estaban convirtiendo en una causa de conflicto entre ellos. Y eso, por muchas razones, a Michael no le gustaba nada. No le gustaba sentirse culpable cada vez que se iba. No le gustaba tener que marcharse. Y, sobre todo, no le gustaba tener unos sentimientos tan intensos por Leah sabiendo que tenía que dejarla.

—¿Más de una semana?

—Seguro que más de una semana.

Gruñendo, apoyó la frente en la de él.

—¡Estúpidos austriacos! ¿Por qué no contratan a alguien de allí para que les controle las finanzas? ¿Por qué tienes que ser tú?

—No lo sé —contestó Michael, acariciándole el cabello—. ¿Quizá porque soy bueno? ¿Y porque hablo alemán e inglés bastante bien?

—Ya sé, ya sé —suspiró Leah—. Sólo es que, cuando no estás, te echo de menos.

—Yo también. —Y era cierto, realmente la echaba de menos... pero siempre había tenido la inquietante sensación de que quizá no la echara de menos tanto como ella a él, no de una forma tan visceral. Pero era verdad que la añoraba... sólo que se enfrascaba en el trabajo y se olvidaba de los pequeños detalles. Olvidaba la forma tan expresiva en que gesticulaba con las manos al hablar. O cómo fruncía el cejo cuando estaba tratando de confeccionar alguna figura con papel, arte que llevaba estudiando desde hacía un año. O la manera en que movía los dedos al despedirse de él todas las mañanas antes de desaparecer en la boca del metro.

—Y echaré de menos las orquídeas —añadió Leah, mientras se sentaba de golpe sobre él a horcajadas.

Michael hacía que le llevaran orquídeas frescas cada semana sólo para verla sonreír, porque cuando lo hacía, toda ella se iluminaba como un árbol de Navidad. La joven adoraba las orquídeas. Muchas noches, se sentaba a la mesa del comedor tratando de reproducir alguna de las delicadas flores con el carísimo papel que él le había regalado.

Leah no tenía tanto talento para la papiroflexia como para la interpretación, lo cierto era que se le daba muy mal. Pero Michael jamás se lo diría; le seguía comprando papel y ni se fijaba en los distintos intentos fracasados que llenaban el apartamento.

—Pero está bien —continuó ella, acariciándole el pecho—. Esperaré encantada el gran montón de orquídeas que me traerás cuando vuelvas.

Michael odiaba la desilusión que podía captar en sus ojos, odiaba profundamente verla así. Trató de sonreír, pero no pudo, y en vez de eso, le rozó la suave piel del rostro. Ya hacía nueve meses que eran pareja, y cada vez la quería más.

Leah sonrió y le acarició el pecho.

Él deslizó las manos por sus muslos, se las metió por debajo de la camisa y las subió hasta los pechos.

Ella cerró los ojos mientras Michael le rozaba los pezones con los dedos. Con un suave suspiro, se estrechó contra él, que se incorporó, le desabrochó rápidamente la camisa y se la bajó por los hombros.

No era eso lo que Michael había planeado; no era así como había querido acabarlo, pero no podía resistirse a ella, y comenzó a recorrerla con las manos, tocándole los brazos, acariciándole los pechos, las caderas, la espalda. La echaría de menos, echaría de menos su cuerpo, su alegría, sus suspiros, su sonrisa.

Le cubrió un pezón con la boca, y Leah se sujetó de sus hombros para estabilizarse. Michael movió una mano has-

ta el vértice de las piernas de ella, los dedos adentrándose en su interior.

Esta vez fue él quien gimió; Leah estaba caliente y húmeda. Michael le rodeó la cintura con el otro brazo e intentó acostarla sobre la cama, pero la chica se rió y resistió.

–Dijiste que esta vez podría estar arriba –le recordó.

Michael sonrió de medio lado, la levantó con facilidad y la tumbó de espaldas.

–Te mentí. Si quieres estar arriba, tendrás que ganártelo.

–Oooh, jugando duro, ¿eh?

Michael besó sus labios sonrientes y se sintió flotar, mientras la indómita sensación se apoderaba de él. Con manos y boca, recorrió su cuerpo, dejando un rastro húmedo y ardiente. Le separó las piernas y besó tiernamente el interior de las mismas; azuzado por los suspiros y jadeos de ella. Luego se movió ligeramente hasta posar la boca sobre su sexo.

Leah ahogó un grito y le agarró la cabeza acercándolo más. A Michael le encantaba eso, que fuera una amante golosa. Deslizó la lengua entre los pliegues de su sexo, la sujetó con firmeza y fue acariciándola, metiendo y sacando la lengua, lánguidamente al principio, saboreándola, explorándola, moviéndose hasta su centro del placer, para después seguir nuevamente hacia abajo, hacia el lugar donde el cuerpo femenino palpitaba. Su urgencia aumentaba al mismo tiempo que los gemidos y las contorsiones de ella. La lamió con mayor intensidad, cubriéndola con la boca, y Leah se apretó estrechamente contra él.

Michael la lamió y chupó hasta que la respiración de la joven se convirtió en un anhelante jadeo en medio de un frenesí de deliciosa tortura. Y entonces la oyó lanzar un grito de placer. Él fue subiendo por su cuerpo, acariciándole el vientre, los pechos, el rostro. Leah rió mientras él la besaba en el cuello.

–Oh, Dios –exclamaba ella–. Oh, Dios mío.

Llevó un brazo hacia atrás, por encima de su cabeza, sonriendo delirante.

Michael se recreó en el suave tacto de su cuerpo, en la tierna presión de su mano y de su boca sobre su mentón. En toda su vida había hecho el amor con nadie como con Leah. Cada vez lo dejaba agotado, exhausto, anhelando más.

Comenzó a moverse debajo él, guiándolo.

–¿A qué estás esperando? –preguntó jadeante.

Michael rió, se colocó entre sus piernas y se las separó más, de forma que la punta de su miembro la tocara, mientras se movía lentamente contra ella.

–Nunca has sido muy paciente, ¿verdad?

–No –contestó la chica. Rebuscó en el cajón de la mesilla y sacó un condón. Rápidamente, abrió el envoltorio con los dientes y luego miró a Michael a los ojos mientras le colocaba el preservativo usando ambas manos, acariciándolo, cosquilleándolo y volviéndolo absolutamente loco.

–Cuidado –le advirtió él con una sonrisa–. O puede que te llesves una sorpresa.

–A este paso no lo creo.

–Ahora sí que te vas a enterar –murmuró Michael, y mientras le cubría los labios con los suyos, la penetró con facilidad, describiendo pequeños círculos con las caderas hasta introducir se profundamente en su interior, despacio, prolongando el momento, provocándola.

Pero Leah no estaba de humor para provocaciones y le clavó las uñas en las caderas instándolo a que fuera más adentro y más deprisa.

Michael sonrió.

–¿Dónde está el fuego?

–¿Es que no lo notas? –jadeó ella, clavándole aún más las uñas–. Venga, Mikey, no me hagas suplicarte.

–Pero es que quiero que me supliques –respondió él, esperando que empezara a hacerlo pronto, porque ya no podría aguantar mucho más. Necesitaba estar en su interior, realmente dentro.

–Por favor –suplicó Leah finalmente, mientras alzaba la cabeza y le mordisqueaba el labio inferior–. Por favor, fóllame.

No hizo falta más, Michael comenzó a alargar sus embates. Se complementaban tan bien que, al instante, ella empezó a moverse a su mismo ritmo, alzando las caderas para ir a su encuentro en cada arremetida; su respiración tan jadeante como la suya, sus rodillas aprisionándolo.

Él la penetró más y más, hundiendo los dedos en su cabello, recorriendo con los ojos su hermoso rostro, embistiendo una y otra vez, hasta que cerró los ojos y se corrió con gran intensidad, lanzando un grito ahogado.

Con un último espasmo, se desplomó sobre ella y la besó en la frente.

–Leah –susurró. La amaba, sabía que la amaba y estaba a punto de decírselo, tenía las palabras en la punta de la lengua.

–Ha sido fabuloso. –Ella lo besó y le rozó la espalda con las uñas–. Eres tan sexy, Michael. Me gustaría comerte. –Se movió con cuidado para salir de debajo de él y se puso en pie–. Necesito beber algo –dijo, y fue hasta la pequeña cocina del apartamento, total y gloriosamente desnuda.

Michael se volvió de costado y apoyó la cabeza en la mano, contemplándola. Las palabras que había estado a punto de decir volvieron a su interior, donde las había guardado durante todos aquellos años; brillantes y novecitas, aún sin estrenar.

Habría hecho lo que fuera por Leah, pero había una gran cosa que no podía hacer: no podía ser el hombre que ella quería que fuera, el hombre que se implicaría a fondo. Era como un corredor de maratón que, a diez me-

tros de la meta del compromiso, invariablemente se desmoronaba y se caía de culo, jadeante y sediento.

Se dijo que estaba haciendo lo correcto. Su trabajo, su pasado y su estilo de vida le decían que lo estaba haciendo. Y era cierto. Aunque tenía que recordárselo a sí mismo constantemente.

Media hora antes de levantarse el telón para la última actuación de Leah en el papel de Christine, ésta recibió un gran ramo de orquídeas con una nota de Michael. «¡Mucha mierda, chica! –decía–. Tengo que hablar contigo después de la función».

La joven parpadeó sorprendida y releyó la nota. «Tengo que hablar contigo después de la función». Notó un escalofrío de placer recorrerle la espalda. ¿Y si Lucy, su mejor amiga, tuviera razón? ¿Y si Michael fuera a proponerle matrimonio?

–No –exclamó con una carcajada, mientras colocaba las orquídeas sobre el tocador. El par de veces que ella había tocado el tema, había tenido la inconfundible sensación de que Michael todavía no estaba dispuesto a sentar cabeza. Quizá fuera porque en esas ocasiones a él se le habían escapado frases como «no estoy listo» o «comprometerse es dar un gran paso».

Pero ¿qué otra cosa podría querer decirle? Los últimos días se habían estado viendo mucho. Quizá hubiera cambiado de parecer. Era evidente que la amaba. De acuerdo, Michael nunca había pronunciado esas palabras, pero si no ¿por qué iba a regalarle orquídeas todas las semanas? ¿O a enviarle aquel papel tan caro para su papiroflexia cuando se hallaba en la otra punta del mundo? ¿O a sentarse en la primera fila del teatro, y gritar «bravo, bravo»? ¿O a hacerle el amor como si acabara de pasar veinte años en el desierto?

Oh, sí. Michael Raney la amaba. Quizá él no se lo dijera, pero ella podía sentirlo.

Claro que Leah tampoco se lo había dicho a él. Lucy le había advertido sobre eso: «El hombre tiene que lanzarse primero. Si no, da la sensación de que estás necesitada y puedes acabar llevándote un chasco». Quizá fuera cierto o quizá no, pero el caso era que aún no había tenido el valor de decírselo.

Recordó a Michael aquella misma mañana, después de que hicieran el amor. Ella rebuscaba unos papeles mientras él estaba tumbado en la cama, durmiendo. La sábana se le había enredado en una pierna, pero excepto por eso, estaba maravillosamente desnudo. Su bonito cabello negro, que le llegaba a los hombros y que se solía recoger en una cola, le cubría parte del rostro. Era guapo, de mandíbula fuerte y cuadrada, pómulos marcados y un único hoyuelo en la mejilla derecha al sonreír. Y tenía unos hermosos ojos de color castaño cobrizo, rodeados de espesas pestañas, que la volvían loca.

Pero no era sólo su aspecto lo que a Leah (y a la mayoría de las mujeres de Nueva York) le gustaba. Era también su forma de comportarse con ella, tan amable y dispuesto a apoyarla. Y tan divertido. E inteligente.

Leah volvió a coger la nota que él le había mandado y que había dejado sobre una pila de críticas que la calificaban de «brillante y excitante», «una apuesta segura para Hollywood» y «una actriz cómica genial», y la leyó de nuevo: «Tengo que hablar contigo después de la función».

Quizá Lucy tuviera razón. Llevaban juntos nueve meses. Estaban hechos el uno para el otro. Y no habían hablado del futuro desde hacía mucho tiempo. Tal vez, pensó Leah sonriendo, su carrera y su vida amorosa estuvieran alcanzando nuevas cimas. Quizá todo estaba combinándose en una simetría perfecta, un regalo del cielo.

—¡Diez minutos! —gritó alguien en el pasillo.

Aún le quedaba una última función y luego la fiesta de despedida. Y después, al día siguiente, al despertarse, comenzaría una vida totalmente nueva.

Quizá buscaran un nuevo apartamento, pensó mientras se quitaba la bata y se daba los últimos retoques al vestuario. Más grande. En la zona buena de la ciudad.

La ovación al final de la obra fue ensordecedora, y los actores tuvieron que salir a saludar tres veces antes de que se encendieran las luces. En la fiesta, todo el elenco de artistas se hallaba como en una nube; en unas semanas muchos de ellos se irían de gira con la obra.

Y todos se alegraban mucho por el camino que iba a tomar Leah.

—¡Te vas a Hollywood! —le gritó uno de los actores, lo que inició una salva de vítores en su honor.

La joven se sentía muy viva; no se veía capaz de volver a dormir nunca más, y mucho menos de abandonar aquel estado de euforia. Y allí, al otro lado de la sala, apoyado en una columna, estaba el hombre de sus sueños. Tenía un vaso en la mano y la miraba mientras ella revoloteaba de grupo en grupo, despidiéndose, aceptando los buenos deseos y los elogios de todas aquellas personas que se habían convertido en sus amigos.

Michael parecía nervioso, pensó Leah feliz. Como un hombre a punto de dar un paso que le cambiará la vida. Por lo general, era el alma de la fiesta, y famoso por hacer que los hombres rieran y las mujeres se derritieran con sus flirteos, pero esa noche se había quedado en un rincón, solo, observándola.

Se lo iba a pedir. Leah estaba absolutamente segura, y se sentía flotar anticipando el momento, convencida de que él era su Príncipe Azul.

Cogió el abrigo, se despidió de todos con un beso, se rió de sus peticiones de que les consiguiera un papel en la

nueva serie de televisión y se marchó cogida del brazo de Michael.

Él la llevó a una cafetería cercana. A Leah le pareció extraño, pero no le importaba dónde se lo pidiera. Lo único importante era que él la amaba.

Michael se sentó frente a ella, con sus oscuros ojos clavados en las orquídeas, que Leah había querido llevarse a casa.

–Esta noche has estado maravillosa –dijo–. Vas a ser una gran estrella.

–Oh, no lo sé –repuso la joven con timidez–. Eso espero.

–Lo serás –insistió él categórico, y le cogió la mano–. Eres estupenda, Leah. Todos los que te ven reconocen tu talento. Tendrás un gran éxito.

–Vaya –exclamó ella, aún con una gran sonrisa en la cara–. Eres muy amable.

Michael sonrió también, pero la suya fue una sonrisa extraña, una sonrisa casi como si se estuviera muriendo.

–Vas a tener tanto éxito que no me necesitarás.

–¡Oh, Michael! –rió Leah. Si él supiera lo mucho que le preocupaba la posibilidad de perderlo–. Pues claro que te necesito –le aseguró–. Siempre te necesitaré. Eres mi roca.

Él suspiró y le soltó la mano. Luego agarró el borde de la mesa con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. A ella el estómago le dio un extraño vuelco.

–Lo que quiero decir es que no necesitas a nadie, eres magnífica por ti misma. Tienes el mundo a tus pies.

–Bueno, quizá –respondió Leah con una leve sonrisa–, pero no quiero estar sola.

–Pero lo estarás, pequeña... porque yo me voy.

La joven se echó a reír.

–Ya lo sé. Lo hemos hablado esta misma mañana, ¿recuerdas?

Michael parecía totalmente abatido.

–Pero esta vez no voy a volver –añadió en voz baja.

Algo se rompió en el interior de Leah. Su cerebro era incapaz de procesar esas palabras, pero su corazón se estaba tambaleando.

–¿Qué quieres decir con que no vas a volver? Eso es estúpido –soltó con un desdeñoso movimiento de la mano.

–Leah... estoy cortando –insistió él con una voz deprimidamente suave.

–¿Cortando? –repitió la joven tontamente–. ¡Cortando! ¿Cortando lo nuestro? Pero... ¿por qué? –preguntó mientras empezaba a sentir un creciente pánico.

Él miró hacia otro lado y se pasó las manos por el pelo.

–Mi trabajo –contestó simplemente–. No me deja espacio para... nadie importante.

Aquello no podía estar pasando. ¡No podía estar pasando! Ella lo amaba. Lo adoraba, y era como si él le acabara de cortar las piernas. Se sentía incapaz de recuperar el equilibrio, de hallar un centro desde el que, como mínimo, pudiese absorber las palabras que le estaba diciendo, ya que era incapaz de entenderlas.

–¿Así sin más? –susurró sin aliento–. ¿Sin ningún aviso, sin ninguna señal? ¡Hoy mismo hemos hecho el amor, Michael! ¿Qué es lo que pasa? ¿Tiene algo que ver con lo de Hollywood?

–Oh, no, en absoluto –respondió él negando con la cabeza–. No, Leah. Quiero eso para ti. Quiero que vayas a Hollywood y te conviertas en la gran estrella que sé que eres.

–Pero... –Ella se inclinó hacia adelante y le cogió la mano–. Pero Michael, si tenemos una relación magnífica. ¿Por qué dejarla? ¿Por qué tienes que herirme así? ¡No lo entiendo!

Él hizo una mueca de dolor.

–No quiero herirte. Nunca he querido hacerte daño. Para serte sincero, la verdad es que nunca debería haber

comenzado esta relación. No soy de los que sientan la cabeza, y además yo sabía que... –Se detuvo un instante, como si estuviera pensando–. Lo siento, Leah –dijo finalmente–. Mañana por la mañana salgo para Austria. Por tiempo indefinido.

Sus palabras eran como rocas cayendo entre ellos, cada una más pesada que la anterior. No obstante, ella no daba crédito. No podía entender que después de nueve meses de una relación fantástica y floreciente, que era, en todos los sentidos, casi perfecta, todo pudiera acabar de una manera tan brusca, sin previo aviso, sin el más leve indicio. Era un golpe inesperado.

–No lo entiendo –repitió mientras los ojos se le llenaban de lágrimas–. Creía que estábamos tan bien juntos... No tenía ni idea de que algo fuera mal...

–Nada va mal. Eres una mujer increíble. –Michael suspiró de nuevo, con una profunda tristeza–. Siento tanto tener que hacerte esto... Y lamento haber dejado que la cosa llegara tan lejos.

–¿Haber dejado que la cosa llegara tan lejos? –exclamó Leah, y notó que le caía la primera lágrima–. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Que no te interesaba demasiado pero aun así te liaste conmigo?

–No –respondió él al instante–. No es eso. Pero nunca pensé... Mierda, ni sé lo que pensaba. Pero no me puedo comprometer.

–¿Y quién diablos te ha pedido que te comprometas? –gritó ella.

Michael fue a cogerle la mano, pero Leah la apartó.

–No puedo seguir contigo. Me tengo que ir. Al final, será mucho mejor para ti...

–No te atrevas a decirme lo que es mejor para mí –lo interrumpió, secándose las lágrimas que le resbalaban por las mejillas–. Si te vas, pues... vete, vete ya.

–Déjame que...